



En el Bosque del Pueblo, en Adjuntas, los niños aprenden sobre la integración del Ser con la Naturaleza, comenzando con la analogía de que un bosque es una casa.

Por Asunción Cantres Correa

El renac

Esta es la historia de un bosque. Uno que sobrevivió a la ambición desmedida de algunos, pero que, sin embargo, fue salvado por los hijos de esa misma tierra. Por décadas, los pueblos del centro de Puerto Rico, vivieron bajo la incertidumbre de ver cómo la exploración minera arrancaba pedazos de su entorno por sustraer del suelo metales preciosos. Previendo el desarraigo de toda vida, incluyendo la propia, los vecinos emprendieron una lucha para salvar la región. Esa lucha rindió frutos y he aquí el relato de cómo sucedió.

El 21 de marzo marcaba el inicio de la primavera. Por todos los caminos de Adjuntas marchaban hombres, mujeres y niños, familias enteras, llenos de júbilo. En los pueblos del centro de Puerto Rico, era un renacer diferente; se le devolvía a la Madre Tierra un bosque.

Había finalizado el desasosiego que desató el titular de un periódico: "A explotar las minas de cobre, oro y plata; millones de dólares en ganancias". Lejos de beneficiarse, el pueblo sería el gran perdedor. En ese momento vieron amenazada la zona central -Adjuntas, Utuado, Lares- porque el planteamiento era de minería a cielo abierto en una gran extensión de terreno. Ese tipo de minería deja enormes cráteres de una milla de diámetro por dos mil pies de profundidad. Durante la exploración de más de 30 años se deforestó gran parte del área. Además, se hicieron pruebas de estabilidad de suelos en las que removieron la corteza terrestre en varios lugares que aun hoy están igual de deforestados, ni la yerba crece en ellos.

Fueron muchos años sufriendo, la comunidad se sentía marginada pues no podían desarrollar, no había incentivos para poblar ni para agricultura porque se tenían que ir. Al gran pesar se unió el sabor amargo de

las aguas. Con la remoción de la corteza terrestre, quedaron a flor de tierra los metales pesados que comenzaron a movilizarse a la cuenca del Río Pellejas y las comunidades del sector comenzaron a quejarse.

Fue cuando se organizaron como grupo para combatir y poder preservar los recursos naturales, culturales y humanos de esta región, para lo que se fundó Casa Pueblo, en Adjuntas. Según el ingeniero Alexis Massol, "Al principio no sabíamos mucho de estas cosas pero pasamos por un proceso de aprendizaje y nos dimos cuenta de la necesidad de trabajar con las comunidades más allá de los intereses político-partidistas u otros que no fueran el interés de la gente".

De ese año en adelante celebraron conciertos, iban por los campos con música y mostrando diapositivas; le decían sí a la vida y no a las minas.

"Entendimos que lo medular del asunto no era tanto quién explotaría minas sino la integridad de la nación puertorriqueña, sus aguas, sus suelos, su cultura. El tejido comunitario que eso rompería. Con la explotación minera, desaparecerían muchas comunidades de Adjuntas y de Utuado", dice Alexis Massol.

Los residentes de la región decidieron

Tony Zayas



Casa Pueblo, en Adjuntas, sede del grupo que se dedica a preservar los recursos naturales, culturales y humanos de esta región.

er de un bosque



Ramón Korff

El renacer del bosque estuvo en las manos de los niños, quienes sembraron café guiados por agrónomos y agricultores.

que había que hacer un proyecto positivo como la siembra. Fueron donde don Jaime Roldán Mayol, agricultor, y él donó la tierra. Don Jaime había sido Representante hecho a la medida del campo. Le explicaron que querían hacer una economía agroforestal y que sembrarían árboles, y en 20 años los cortarían y sembrarían otros.

En ese proceso iban tomando otra conciencia adicional a la no explotación y pensaron que Puerto Rico necesita también afirmación de sus valores culturales y humanos. Entonces adquirieron una casona, en el pueblo de Adjuntas, con los esfuerzos de la comunidad. La restauraron y la llamaron Taller de Arte y Cultura, hoy Casa Pueblo. Más adelante -1990- decidieron hacer un proyecto de autosuficiencia económica. "Consultamos con la matrícula y los vecinos. Recibimos asesoramiento de profesores universitarios y hemos hecho un café artesanal, que nos ha dado independencia de funcionamiento. Hemos desarrollado una forma de trabajo colectivo basado en una ética distinta al lucro ese 'de sálvese quien pueda', sino basado en la solidaridad, en la cooperación", agrega Massol. Fue así que surgió el café Madre Isla.

En el 1992 la sombra de la exploración minera volvió a arropar la región. Esta vez Casa Pueblo presentó un ataque sólido porque tenían la casa y el café. Le dieron participación a los estudiantes, al sector religioso y a otros grupos de la Isla. Por fin, en 1995 lograron que se firmara una ley prohibiendo la minería a cielo abierto.

Ante la presión de la comunidad y con una política seria y responsable, los mismos legisladores sometieron la legislación y la aprobaron. Ese mismo día -30 junio del 95- iniciaron una campaña para que esa zona minera no quedase abierta a otras posibilidades de explotación. En una asamblea con técnicos y científicos discutieron una estrategia para lograr que se proclamara la zona un bosque estatal al amparo de la ley 133.

Como parte del desarrollo de su estrategia, comenzaron a educarse sobre lo que era biodiversidad y el valor ecológico del lugar. Un año y medio después el Departamento de Recursos Naturales (DRN) nombró una comisión de estudio para evaluar su solicitud. Casa Pueblo pidió ser parte de esa comisión con sus propios técnicos, reclamo que finalmente aceptaron. En septiembre del 1996 se proclamó el bosque estatal. Era toda una victoria, ya que en la zona están los yacimientos de oro y plata, el Cala Abajo y Piedra Hueca, los más importantes estudiados por las compañías mineras.

Mas la lucha, lejos de terminar con esta victoria, representaba nuevos retos. Entonces "entramos en otra campaña basada en el pensamiento hostosiano de no sólo reclamar nuestros derechos sino también asumir deberes y responsabilidades. Planteamos que queríamos ser manejadores del Bosque del Pueblo", dice Massol. El DRN es la agencia que por ley se supone que maneje los bosques y el planteamiento se salió de la norma. Por fin lograron que los designaran comanejadores del



En la oficina, enclavada en medio del bosque, los jóvenes voluntarios educan a los visitantes sobre los efectos adversos de la minería a cielo abierto.

El Bosque del Pueblo es el resultado de un esfuerzo comunitario que le ha devuelto a la Madre Tierra un preciado lugar dónde disfrutar y aprender de sus bondades



Ni siquiera crece yerba en las partes del bosque que se deforestaron durante la exploración hace más de 30 años, donde aún se notan los estragos.

bosque.

Los científicos del Recinto Universitario de Mayagüez se entusiasmaron con la idea y fueron de los primeros voluntarios en integrarse para fortalecer ese núcleo en el que había muchas lagunas técnicas. Tenían ante sí una labor diferente ya que, distinto a otros bosques, éste era de manejo comunitario. Se les pidió un plan de trabajo.

Lo primero que trataron de organizar en Mayagüez fue un reconocimiento de la flora y la fauna del lugar, incluyendo microorganismos. "Porque para manejar el bosque necesitamos saber qué es lo que hay. Estamos tratando de usar un acercamiento en que diferentes disciplinas participan y compartir esos conocimientos", dice el Dr. Arturo Massol, quien se ha unido a la lucha de su padre, don Alexis.

Además los científicos quieren desarrollar otros proyectos de investigación sobre la situación particular de ese bosque. "Primero tenemos que ver cuál es el impacto que hubo durante esa exploración. Hay que determinar los metales que se están moviendo al Río Pellejas -y que eventualmente llegarán al Lago Dos Bocas- para tomar entonces decisiones y aminorar el impacto", agrega el doctor Massol.

En el plan de manejo está la parte agroforestal y la de infraestructura. Con los fondos generados mediante el Café Madre Isla y de la comunidad construyeron las oficinas del bosque, una estructura de madera enclavada dentro de éste. En los años de la exploración minera habían destruido muchas cosas. Incluso, la maquinaria que limpió el terreno casi destruye el Parque Ceremonial Indígena del Cacique Guarionex. El arqueólogo Pedro Alvarado, del Instituto de Cultura Puertorriqueña, trasladó los monolitos del Centro al área detrás de la biblioteca de la Universidad Católica de Ponce, con el compromiso de devolverlo a su lugar original una vez se terminara el asunto de la minería. Y así fue.

Tantos años después, el pueblo recuperó su santuario de vida. Ese sábado el renacer del bosque estuvo en las manos de los niños. Honrarían a la Madre Tierra sembrando con sus tiernas manos -guiados por científicos, agrónomos y agricultores- árboles frutales olvidados, café y árboles de madera nativos. Como parte de la infraestructura, se construyó además un área recreativa y de observación para los niños. Para llegar a ella tienen que pasar por una vereda interpretativa de las partes de un bosque. En la entrada de la vereda hay un tronco de un árbol con los anillos expuestos, donde se ven todos los años de crecimiento, con la idea de que los niños puedan conocer el árbol por dentro.

Mediante el aprendizaje de varios conceptos comienza el proceso de integración del ser a la Naturaleza. La Dra. Inés Sastre, doctora en Botánica y Ecología del RUM, señala que lo primero es conocer qué es un bosque. Para enseñarle a los niños, "se hace la analogía de que un bosque es una casa. Y que las paredes de esa casa son los árboles, el piso es el suelo y esa casa tiene una alfombra que son las hojas. Y los niños van a ver cuáles son los árboles que forman esas paredes de esa casa".

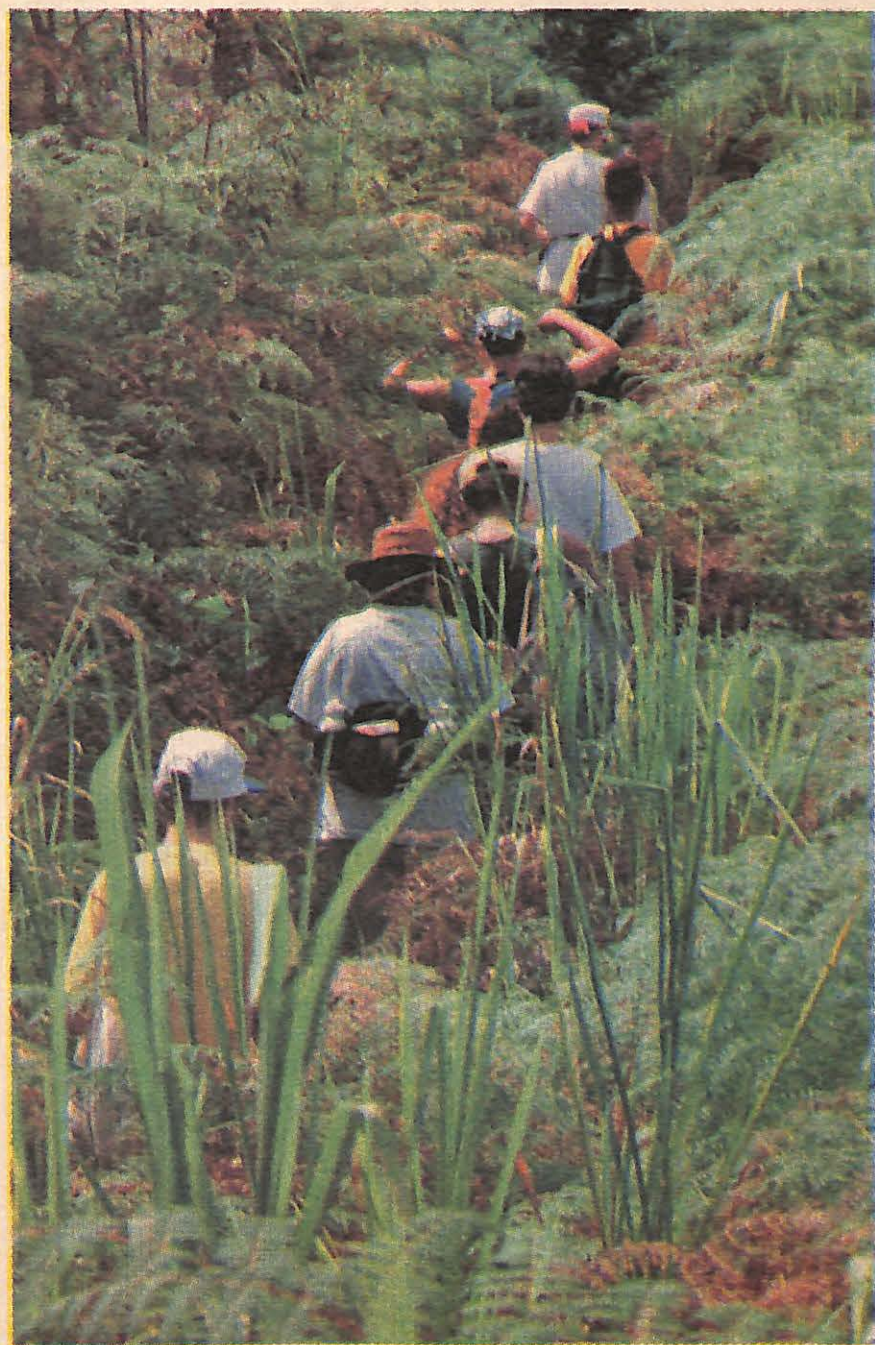
Según la Dra. Sastre, en Puerto Rico los bosques se caracterizan por tener árboles que son bastante flaquitos, y muy pocos árboles gruesos como resultado de la deforestación. Los bosques que se han ido regenerando no tienen los árboles inmensos que existían aquí antes. En la segunda estación les señalan que miren a su alrededor para que vean el contraste. "Puerto Rico sufrió gran deforestación para los años 20, 30 y 40. En esa época las personas cocinaban con carbón, para lo cual se extraía mucha madera. Después se extraía madera para la construcción y se deforestó para la agricultura. Y esto se puede hacer, pero hay que tener cuidado cómo se hace. Hay ciertas prácticas con las que podemos utilizar esos recursos pero hay que saber hacerlo".

Otra de las estaciones es la de "La basura que no es basura". Aquí hay diferentes troncos en descomposición y el énfasis que se va a dar es que en la Isla hay la mala práctica de enviar a los vertederos gran cantidad de materia orgánica como árboles muertos y hojas secas. Sin embargo, en un bosque

esos materiales existen y no hay que tocarlos porque el mismo bosque los recicla. Por ello a este material se le debe llamar "la basura que no es basura".

Además, para la reforestación del bosque se hicieron las áreas de "Los frutos olvidados" (como corazón, guanábana, anón y la guayaba), la "Vereda de la poesía", de árboles maderables, exóticos o en peligro de extinción. Sin embargo, el bosque es una entidad que cambia y dentro de 30 años continuará su marcha y escogerá su forma. Lo que hace a este bosque distinto es precisamente el fuerte componente educativo. Además de su función ecológica, se va a convertir en un bosque como reserva.

Y en el centro del bosque, a 2,400 pies sobre el nivel del mar, regresó a su lugar de origen el Centro Ceremonial Indígena de la región del pájaro Juliánchiví, tierra de Guarionex. Al llegar la primavera, ese sábado sopló la brisa, el sol brilló en todo su esplendor y se sintió la energía de la Naturaleza. La tierra, nuestro origen y nuestro destino final, ha triunfado.



Los acampadores del Capítulo Metropolitano de ADAPRI recorren las veredas del Bosque del Pueblo hasta el río.

Tony Zayas

Para no causar impacto en el lugar los acampadores de ADAPRI llevan lo esencial.



Tony Zayas

Encuentro con la tierra

Llegó el verano. Han pasado tres meses desde que se inició el desarrollo del Bosque del Pueblo, en Adjuntas, con las diversas áreas que a partir de este mes estarán abiertas al público. Entre los participantes en la gestión de rescate del bosque, un grupo de acampadores hizo su aportación al identificar las áreas ideales para los campamentos que se realizarán allí.

La Asociación de Acampadores de Puerto Rico, ADAPRI, Capítulo Metropolitano, hizo el acercamiento para realizar allí un campamento y, a la vez, hacer una aportación de trabajo. Escogieron el Bosque del Pueblo, rescatado de la práctica minera que lo amenazaba. La colaboración fue ideal para el grupo que, con sus 20 años de experiencia en campismo, rindió un informe completo a Casa Pueblo, manejadora del Bosque. El informe presentó los lugares escogidos, la capacidad del área, las facilidades recomendadas, mapa con indicaciones y las disposiciones que debe tener el reglamento de uso.

ADAPRI celebra campamentos una vez al mes y tiene 250 miembros entre sus capítulos (Caguas, Bayamón, Arecibo y Metropolitano, Tel. 752-4471). El grupo incluye secretarías, maestros, sicólogos, agrimensores, guías turísticos, personas retiradas, amas de casa y niños que desde que nacieron acampan con sus padres. Como parte del código de ética no llevan equipo de música ni alcohol, ni cigarrillos. No se permite el lenguaje indecoroso ni armas de fuego; el código exige que se recojan los desperdicios que originen y que nunca tumben vegetación.

Como medida de seguridad, antes de acampar, los miembros del comité de Exploración piden los permisos necesarios, reconocen el área y determinan qué recursos faltan. Si es un área frágil, limitan la cantidad de personas para no causar daño o dividen el grupo.

Una vez terminada la labor y sometido el informe a Casa Pueblo, el Capítulo Metropolitano de ADAPRI acampó en el Bosque del Pueblo durante el fin de semana del 27 de junio. Era un campamento de baúl, en el que todas las comodidades -toldos, mochilas, neveras, estufas y otras- están en el baúl del automóvil que está cerca. El otro campamento es el de mochila, que conlleva

media hora o más de caminata hasta el lugar seleccionado. En la mochila llevan lo esencial: ropa, alimento, equipo, caseta y saco para dormir. Ambos campamentos siguen los principios de no dejar rastros; al salir lo dejan todo igual, se llevan la basura que generen y la que encuentren en el lugar.

El primer grupo de acampadores que disfrutaría de una noche mágica en el Bosque del Pueblo escogió la entrada del mismo, donde la vegetación no es frágil, en medio de árboles de pomarrosa, cupey y otras especies comunes, abundantes y de fácil reproducción. Armaron las casetas mientras los niños corrían felices de un lado para otro. Luego, aprovechando la paz del lugar, unos echaron una siesta y otros se fueron a recorrer los senderos. Según fue cayendo la tarde se reunieron para subir al Parque Ceremonial Indígena. Al sonido del grillo o chicharra, todos se organizaron. Era el aviso de que dentro de cinco o diez minutos oscurecería y había que emprender la caminata hacia la cima del bosque.

Y así comenzó una de las más hermosas comuniones con la naturaleza. Se sintió la energía mística de una plaza ceremonial indígena que mira hacia el Mar Caribe. Las siluetas del entorno eran los árboles que se habían sembrado en la primavera anterior y que hoy están fuertes y frondosos. El suelo se cubrió de hojas, la noche se arropó de estrellas. Le cantaron cumpleaños a María, hicieron chocolate caliente, comieron y después lo recogieron todo. Luego, unos niños se acostaron en el regazo de los padres, otros correteaban cerca, pero en una relación muy especial. Tendidos bajo la noche no tuvieron que esperar mucho a las estrellas fugaces para pedir sus deseos. Y la estela de muchas estrellas fue el festejo de la Madre Naturaleza por el rescate de un bosque.

Al otro día, antes de marcharse, recogerían sus escasas pertenencias pues con el paso del tiempo han ido aligerando la carga. Como la mochila, la vida se torna más liviana al descubrir, tras ese contacto íntimo con la Naturaleza, que lo esencial en términos emocionales y espirituales está ahí en la tierra. ¿Qué más se puede pedir?

-Asunción Cantres Correa